

64

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica



LA
ÚNICA MUJER

POR
Norma Talmadge
Eugene O'Brien

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LA ÚNICA MUJER

Comedia dramática sobre un argumento de
C. GARDNER SULLIVAN.

Intérpretes principales:

NORMA TALMADGE y EUGÈNE O'BRIEN

Producción UNITED ARTISTS

EXCLUSIVA DE

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

(EDUARDO GURT)

Rambla Cataluña, 62. - Barcelona

LA ÚNICA MUJER

Argumento de la película

*Siempre es caro el precio
de los desatinos; pero nunca
más doloroso que cuando los
seres que amamos se ven obli-
gados a pagar nuestros pe-
cados secretos.*

El hogar de Guillermo Brinsley, descendiente de una de las familias neoyorquinas de más raucio abolengo aristocrático, cobijaba a dos seres que se consideraban completamente felices amándose uno a otro con el amor más puro que existe en el mundo: el

amor paternal, y paternal significa todo el amor del hogar, desde el amor de la madre, el primero, indiscutiblemente, hasta el del hijo más chico; o sea, en otras palabras, para que todos queden halagados: el amor santo familiar.

Don Guillermo hallábase trabajando en su gabinete particular, cuando un criado anuncióle la llegada de un visitante.

Introducido éste a presencia del dueño de la casa, el ambiente adquirió, o pareció adquirir una tonalidad gris de no agradable agüero.

El recién llegado era Jeremías Harrington, de cuna plebeya, que había escalado, vencedor en las luchas despiadadas de la especulación y aun de agiotaje, la fama de ser una figura gigante en el mundo financiero.

El saludo que se cambiaron los dos hombres fué seco y aun hostil por parte de Jeremías, cuyo rostro denotaba, sin poderlo remediar, su carácter de hierro, su voluntad indómita, tenaz, avasalladora, napoleónica.

Sin preámbulo alguno, don Jeremías dijo a don Guillermo, no quitándole ni por un momento su vista de encima:

—Usted bien sabe que es ilegal negociar con dinero recibido en depósito.

—¿Cómo...? — inquirió don Guillermo, mordido por la voz de su conciencia, despertada por las palabras de don Jeremías.

Este, sin titubeos ni circuloquios, siguió adelante en su plan de hacerse suyo, por medio del miedo, a don Guillermo.

—Pueden cerrarse sobre usted las mallas del código, Brinsley. Su delito no es de los que quedan sin sanción.

—Pero... — se atrevió a pronunciar don Guillermo, no acertando a comprender cómo aquel hombre sabía el paso en falso que se viera obligado a dar.

—Un azar nada halagüeño hizo que confiara usted sus negocios particulares a una firma de correduría que yo comandito — explicó don Jeremías, con aire de triunfador.

Don Guillermo, considerándose perdido, curvó su cabeza sobre su pecho, y se deducía por su actitud que se entregaba a su acusador, sin fuerzas para defenderse.

—De mis indagaciones, escrupulosamente realizadas — continuó don Jeremías —, resulta

que usted ha perdido en el juego los fondos de la casa Whiting.

Era cierto. Don Guillermo estaba a merced de don Jeremías. Sin embargo, al reaccionar unos segundos, pretendió disculparse, censurar a su interlocutor su intervención en aquel asunto, en el que él, fiel a su tradicional conducta comercial, no quería perjudicar a nadie; ya que todos sus afanes se dirigían ahora, a devolver a sus dueños los fondos distraídos arrastrado por su deseo de doblarlos en la Bolsa. Si alguien le ayudaba, podría salir de aquel atolladero, renunciando a disponer jamás de dinero que no fuese suyo.

¿Qué quería de él don Jeremías? ¿Le obligaría a cubrir el descubierto que hizo en un momento de ofuscación? ¿Le amenazaría con denunciarlo, sin darle tiempo para buscar el auxilio de algún amigo?

—De usted exclusivamente depende la actitud que yo adopte en esta cuestión — prosiguió don Jeremías enérgicamente, abrumado con la inflexible acusación de sus miradas a don Guillermo.

El aristócrata arruinado miró humildemente al que podía salvarle o deshonrar su nom-

bre, y le suplicó le dijese qué actitud debía adoptar para que la suya fuese la que podía ayudarle a salvarse.

Sin inmutarse, seguro como estaba de que podía pedir cuanto se le antojase, ya que aquel hombre era suyo, don Jeremías dijo así:

—El precio de mi silencio y, por consiguiente, de su impunidad, es que su hija Elena se case con mi hijo.

Don Guillermo, pálido de ira, y mucho más indignado que los que enrojecen cuando se exaltan, clavó sus miradas, antes húmedas, en los ojos de don Jeremías, y le hacía una pregunta que compendia terror y sorpresa.

Don Jeremías le atajó bruscamente, aunque, en el fondo, menos áspero que antes:

—No me diga usted lo que sé de sobra y más que nadie lamento. Ese funesto vicio alcohólico de Roger es precisamente el que origina mi pretensión.

Entonces don Guillermo sacó fuerzas de flaqueza para contestar a don Jeremías:

—¡Pero eso es absurdo, Harrington! — exclamó—. ¡Yo no llevo a Elena a la desgracia! ¡Por qué va a pagar mi hija las culpas de su padre?

Don Jeremías movió la cabeza, como indicando que se negaba a escuchar los razonamientos del arruinado aristócrata, y como si estuviera contemplando a Elena, hizo el siguiente comentario:

—No conozco a otra mujer capaz de redimir a mi hijo. ¡Ella es la única que puede hacer de ese desdichado un verdadero hombre!

Don Guillermo miró asombrado a don Jeremías. ¡Cómo había dicho éste que Elena era la única mujer capaz de salvar de la ruina moral a Roger! ¿Qué pena ocultaban sus palabras! ¿Era posible que aquel hombre tuviese corazón? ¡Claro que sí! ¿No trataba de salvar a su hijo? Sin embargo, se resistía a aceptar que por salvar a un borracho se tuviera que sacrificar una inocente criatura, digna de amar y ser amada por un hombre bueno.

—Mi hijo es mi solo amor en el mundo... ¡Figúrese a qué extremo no llegaría yo por corregirlo, por dignificarlo! — dijo aún don Jeremías, con honda emoción que dejaron traslucir unos instantes sus ojos.

Don Guillermo reconoció de un modo cla-

ro, a pesar de su amargura y desconcierto, que se hallaba delante de otro padre, que pensaba en su hijo como él en su hija, y aunque la proposición que aquél le hacía le repugnaba, no se dejó llevar de su enojo, sino que, precisamente porque justificaba, a pesar suyo, el egoísmo de don Jeremías, resignóse a reflexionarla, aunque dudaba de poder sacrificar a Elena por su propia salvación.

¿Por qué se había fijado don Jeremías en Elena? — lamentábase don Guillermo para sus adentros.

¡Ah! Razones tenía para ello.

En efecto, ninguna mujer, según don Jeremías, reunía las cualidades que adornaban a Elena.

Ella había visto muchas veces, y en no pocas ocasiones adivinó que su hijo Roger la miraba con ese respeto que a los hombres infunde una mujer bella, buena y sociable.

Sí. No había que pensarlo más: Elena sería la esposa ideal de Roger. Ella, con su bondad, lograría, a fuerza de resignación, desviarle del sendero torcido — ¡y tan torcido! — por el que se arrastraba, haciendo jirones su dignidad.

El pensamiento de casar a su hijo con Elena había atravesado muchas noches su mente, amargada, como su corazón por el dolor que le causaba el vicio del único hijo, su más grande cariño, para el que quería todas las glorias, todas las riquezas, todas las felicidades terrenales.

Pero no dejó de ser un pensamiento arrevido. Roger era hijo de un luchador de humilde cuna, a quien no le perdonaba la sociedad distinguida su oscuro origen por más dinero que amasase en sus arcas tan invulnerables como su corazón de financiero.

Y he aquí que el Destino le allanaba el camino cuando él menos lo esperaba, transformando a don Guillermo en aristócrata necesitado de un humilde poderoso, y haciendo posible una unión que en un tiempo fué una ilusión inasequible...

¿Qué orgullo, qué satisfacción, qué victoria si Roger se casara con Elena?

Los dos padres continuaron hablando, acorralado don Guillermo por los fantasmas del remordimiento que le reprochaban su ligereza y se burlaban de su desesperación bailando en el reducido espacio de su cerebro grotesca-

mente, y don Jeremías daba como seguro su triunfo, abusando de la superioridad que en aquella ocasión tenía sobre el arruinado don Guillermo.

En tanto, en el Club Agrario Windsor, las parejas rendían culto a las extravagancias bailables que ha creado la moda en su afán de variar las viejas costumbres.

La concurrencia era numerosa y se componía, en su mayoría, de gente joven.

Allí estaba Elena, la hija de don Guillermo. La habían acompañado algunas amigas.

No era la de la belleza la única sugestión de Elena; cautivaban por igual en ella la simpatía y la distinción, el talento y la bondad.

Todos los jóvenes la habían solicitado para bailar. Si hubiese aceptado todas las invitaciones que se le hicieron, el *jazz* hubiera tenido que tocar cuatro veces más que lo que le correspondía durante las horas para las cuales había sido contratado.

Escasos fueron los elegidos por Elena para bailar, y se dió el caso de que tres amigos disfrutaron del honor de dividirse un baile, un solo baile para los tres.

No era por orgullo por lo que Elena no

bailaba con todos y como todos querían, sino, sencillamente, porque prefería alternar algún que otro baile con alguna que otra plática con amigas, jóvenes o venerables por sus años.



Roger, el hijo de don Jeremías, frecuentaba, gracias al dinero de su padre, las reuniones de la buena sociedad.

No podía, pues, faltar al baile de primero de mayo en el Club Agrario.

Y no faltó... pero, como siempre en todas partes, se presentó en la fiesta completamente borracho, y decimos completamente porque uno puede estar borracho y tenerse en pie, como si únicamente la cabeza estuviese bajo la influencia del alcohol.

Roger era tan débil y estaba tan acostumbrado a embriagarse, que por poco que bebiese de más, todo su ser se estremecía al contacto con el veneno, y así sus piernas parecían enfermas, sus ojos no veían, sin luz como su cabeza, y su boca tenía matices de idiota.

El alcohólico se presentó en el Club cuando

la fiesta se encontraba en su momento culminante, o sea, hacia el final de la primera parte del baile.

Las parejas trenzaban una de las endiabladas danzas modernas, compitiendo en extravagancias.

Roger dejó su sombrero, su bufanda y su abrigo... en el suelo, pues confundió a un invitado con el encargado del guardarropa y el joven no le tomó dichas prendas; y luego, mientras el verdadero criado las recogía para cepillarlas y colocarlas en una de las casillas de la alta estantería de sus dominijos, se aventuró a atravesar el salón cuyo piso reluciente y liso maltrataban sin piedad los bailarines.

Muchas parejas advirtieron a Roger y le dejaron el paso libre para que pasase lo antes posible al otro lado del salón, sin que tropezara con ellas.

Por más que hizo el joven, no pudo circular de prisa, pues su estado era tal que no daba un paso con acierto e iba de aquí para allá alargando indefinidamente el trayecto, tan corto en línea recta.

Además de su incansable zig-zag, Roger, como si estuviera en una recepción, es decir, cual

si fuese de uno a otro invitado presentándoles sus respetos, saludaba a troche y moche, tropezando en un caballero y apoyándose en una dama, cuando no daba serios traspiés, de cuya inminente caída se libraba por verdadero milagro y gracias a encontrar a alguien en quien protegerse.

En una palabra, el muchacho estaba hecho una calamidad.

Al fin pudo atravesar el salón, y unos ojos femeninos, dulces y acariciadores, le contemplaban con pena.

Le contemplaban, decimos, y le habían contemplado desde el primer momento de su aparición en la fiesta.

Roger vió a la hermosa dueña de esos ojos, y como si realmente estuviera en su cabal juicio fué derecho a ella para saludarla y lisonjearla caballerosamente.

En otras circunstancias que aquella — que la de su borrachera, queremos decir — Roger no se hubiese atrevido a acercarse a la bella mujer que tan fijamente le miraba.

No. No se hubiese aproximado a ella, por respeto, y por temor, después.

Cuando una persona nos es grata, la respe-

tamos como a una imagen venerada; y cuando, encima de eso, es considerada por nosotros superior a nosotros mismos, si es que nos consideramos algo, sentimos, irresistiblemente, cierto temor, sí, temor de sentirnos aun más inferiores de lo que somos, ante ella; por cuya razón procuramos no detenernos al cruzarla, a fin de disimular, evitando el trato, lo insignificante que nos creemos sinceramente...

¿Quién era la importante persona que tanto respeto infundía a Roger en sus momentos serenos, que eran muy escasos?

Indudablemente se habrá adivinado.

¿Quién podía ser sino Elena, la hermosa y buena y cariñosa Elena?

En efecto, ella era. Los ojos piadosos que contemplaban al joven beodo eran sus ojos. La sonrisa indulgente que estimulaba al alcohólico a acercarse a ella era su sonrisa.

Roger la alcanzó en un postrer esfuerzo, en el que estuvo a punto de caer cuan largo era, y doblándose en una exagerada reverencia, a la que lo empujó un nuevo tropiezo con una imaginaria y rebelde lisa, le dijo, procurando sostenerse en equilibrio:

— Mi viaje hasta aquí ha sido peligrosísi-

mo... Hay días en que está tan poco firme la tierra...

Elena no pudo reprimir una risita, que a Roger le pareció de perlas y en vista de la cual, dejándose engañar por la rosada apariencia, la invitó a bailar.

— ¿No le gusta el charleston? A mí me encanta, y esta noche, no sé por qué, estoy inspirado.

— Inspirado suele estarlo a menudo, Roger — respondió Elena riéndose más y mejor, pero discretamente, apesurada de ver ante sí a aquel muchacho vencido por el vicio de la bebida.

— ¿Vamos a bailar? — insistió él.

— No, gracias... Yo, por el contrario, no estoy... inspirada.

Roger se puso serio, muy serio, y gravemente dijo a Elena:

Si yo fuera aristócrata, bailaría usted conmigo; pero sin duda soy muy poca cosa para usted.

— Muy poco... firme, desde luego — replicó ella, bromeando —; bastante menos firme que la tierra. Dormir le sentaría a usted mejor que bailar.

Un borracho no tolera que se le tome por tal y rara vez, por no decir nunca, comprende que lo está. Roger no era una excepción, y porfiando en creerse desdichado por Elena por el mero hecho de ser de distinta categoría social, añadió:

—No crea usted que ignoro la causa de su actitud... Usted aborrece a los hombres, Elenita... sobre todo si no son aristócratas.

—Se engaña usted, Harrington. Los hombres me agradan... cuando son dignos de llamarse hombres — dijo ella.

Y no dijo más, separándose de Roger, que quedó muy afligido... unos segundos solamente, pues su cabeza era en aquellos momentos inagotable manantial de ideas a cual más absurda...

Cuando terminó la fiesta, Elena fue conducida hasta el pie de su casa por las amigas que la acompañaron a aquella.

Entró en su morada la gentil mujer, y su primer paso fue encaminado al despacho de su padre.

Don Guillermo le dijera a Elena, al despedirse ésta de él, que tenía que trabajar toda la noche. No era, pues, de extrañar que la

excelente hija fuese a regalar a su adorado deudo sus más puras caricias, como recompensa de su consentimiento a que fuera a la fiesta con amigas de toda su confianza, y también y principalmente, como testimonio de cariño inmenso, antes de retirarse a sus habitaciones a descansar.

—¿Trabajando aún, papaito? — dijo Elena apenas abrió la puerta del gabinete particular de su padre.

Pero quedó sorprendida, después de aquella especie de saludo cariñoso, al verle sentado en un sillón y con la cabeza apoyada en sus manos, reposando sus codos sobre sus rodillas.

Don Guillermo levantó el rostro hacia la niña amada y trató de sonreírle.

—¡Hola, Elenita! ¿Ya de vuelta?

—Naturalmente, papá. Es muy tarde...

—No me di cuenta... Estaba reflexionando... y se me pasó inconscientemente el tiempo.

Elena miró con suma atención a su padre y dedujo de su examen, de un modo categórico, que algo grave le atormentaba...

—¿Qué te sucede, papá? ¿Has tenido algún disgusto en los negocios?

—No, Elena, no... Si no puedo estar mejor...

—No lo parece...

—Te aseguro que estoy bien...

—No disimules, papá. Te veo preocupado. Lo estás. No lo niegues. Tienes penas, y me las ocultas. ¿Es que crees que yo no puedo remediarlas?

Elena se ofrecía con toda su alma de niña inocente y comprensiva a aliviar a su padre.

Él insistió de tal suerte en querer ser depositaria de la amargura que robaba la tranquilidad al que tanto la quería, que logró la confesión que pedía.

—Si en tu mano estuviera... pero mi ruina es ya un hecho consumado y, lo que es peor, irreparable — dijo don Guillermo con desesperación.

—¡Oh, papá, sé fuerte! Cuéntame.

—Nada debo decirte, hija mía, sino que todo lo he perdido. No tengo nada, nada... He caído para no levantarme más...

—Seguramente, no. Aun puedes vender esta casa, mis joyas... — se apresuró a decir Elena, afanosa de animar al vencido.

—No, hija, no... Todo es inútil...

—Resignarse a la desgracia es insensato, papá. Tenemos que discurrir un medio de salvación... porque debe haberlo, papaito.



—No, hija, no... Todo es inútil...

Don Guillermo miró tristemente a su hija y dijo, no sin temor:

—Un medio hay; pero...

—¿Cuál...?

—Si tú quisieras casarte con Roger Harrington...

Elena incorporóse y, después de buscar inú-

tilmente las miradas de su padre, que, como avergonzado, las fijaba en el vacío, exclamó:

—Ahora me explico tu pesar... ¡Porque tú no quieres, no puedes querer la infelicidad de tu hija!

—Tú lo has dicho, Elena... ¡Cómo sabes leer en mi corazón! — contestó el infeliz, decidido a todo menos a sacrificarse. Y añadió, iluminado súbitamente por una idea: — No pienses más en ello, mi Elena. Ya verás cómo tu padre lo arregla todo... ¡ya verás!

Elena retiróse a descansar. La despedida se le antojó distinta a la de las noches anteriores... y un horrible presentimiento la hizo retroceder cuando se hallaba a algunos pasos del gabinete particular.

No se había engañado: don Guillermo quería matarse, librar, con su muerte, a Elena del sacrificio exigido por don Jeremías.

—¡Papá! ¡Papá! — gritó Elena desde el umbral de la puerta, aterrada, no pudiendo avanzar un paso más al sorprender al desesperado apuntándose la sien derecha con un revólver y a punto de dispararlo.

Don Guillermo se desarmó al punto, volvióse a mirar a su hija, y ésta pudo ver reflejado

en su semblante la máxima expresión del horror.

¡Qué locura estuvo a punto de cometer!

Elena, lentamente, aproximóse a su padre, y al tenerle junto a sí se abandonó en sus brazos y le dijo, resuelta a protegerle:

—¡Me casaré con él, papaito! ¡Oh, sí, me casaré, me casaré!



Don Jeremías hablaba con Roger en su despacho. El alcohólico, que se disponía a salir de su casa por primera vez aquella mañana, se encontraba en condiciones normales para escuchar y comprender el alcance de las palabras de su padre, que le quería como él no podía siquiera imaginarlo.

—Lo único que puede librarle del abismo adonde ciegamente caminas, es el cuidado de una esposa comprensiva y amante — le decía en aquellos instantes, después de reprocharle con acritud su feo vicio.

Roger se encogió displicentemente de hombros.

—¿Yo, casarme...? — pareció decir.

—Convencido de ello — prosiguió don Jeremías—, ya escogí la mujer ideal para tu salvación. Esperando está en el otro despacho.

—¿Qué dices? Pero es que me hablas en serio, papá!

—No acostumbro a perder el tiempo, Roger. De modo que...

—Lo que pretendes me parece una locura. ¡Yo no me caso!

—¿Que no?

—¡Claro!

—Pues mira: o aceptas el casamiento que te propongo, o renuncias al hogar y a la ayuda económica de tu padre. ¡Elige!

Esas eran palabras mayores, y Roger se asustó. Conocía de sobra a su padre para no dudar de que sería muy capaz de, en caso de desobedecerle, cumplir su amenaza, grave, gravísima, por cierto. ¿Qué haría él sin dinero? ¿Cómo darse una gran vida, sin la ayuda paterna? Debía ceder. Cedería.

—¿Puedo yo saber el nombre de esa excepcional redentora? — preguntó con retintín.

Don Jeremías se arrellanó en su sillón y tras breve pausa, a guisa de acicate para la

curiosidad del "novio", habló de la siguiente manera, claramente, pausadamente, atento al menor movimiento de Roger:

—Bella entre las bellas y buena entre las mejores es la novia por mí elegida. No podías descartar mejor, ni yo tampoco. Todos te envidiarán, y con razón. Esa mujer se llama... Elena Brinsley.

Roger no pudo ocultar su asombro. Casi saltó en su silla al oír el nombre de la admirada mujer y le costó creer que su padre no se chanceaba de él.

—Elena Brinsley — repitió don Jeremías, gozándose en la sorpresa, agradable, a todas luces, de su hijo.

Roger meditó un poco, y luego, con la misma lentitud y claridad que su padre un poco antes, dijo:

—Suponte por un momento que la señorita Brinsley me rechaza... ¿También entonces me aplicarías la pena de expulsión del hogar?

—No te rechazará... y tú la querrás... porque es digna de ser amada.

—Por mártir, ¿verdad?

—Porque te conviene... porque nos conviene. Estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Yo, papá...

—Ni una palabra más. Déjame hacer a mí. Por ahora entra en ese cuarto y no salgas de él hasta que te llame o vaya a buscarte.

Roger obedeció a su padre, preguntándose todavía cómo era posible que Elena estuviera dispuesta a casarse con él; y don Jeremías, en tanto, indicaba a Elena que pasara a su despacho.

La bondadosa joven entró en el templo de trabajo del luchador, y bastóle a éste ver el aire de tristeza de ella para comprender que era una víctima de la ternura filial.

—Siéntese, señorita — le dijo con su habitual sequedad.

Elena se sentó esquivando sus miradas, para no revelarle con las suyas el profundo desprecio que le inspiraba.

—Su padre me telefonó esta mañana que usted consentía en casarse con mi hijo — empezó diciendo don Jeremías.

La joven hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

Entonces don Jeremías continuó, recalcando sus palabras y más rudo que antes:

—Pero no hasta que usted se case con Ro-

ger. Ha de darme su palabra de no intentar el divorcio, de permanecer a su lado cualquiera que sea la conducta de él.

Otro gesto, casi imperceptible, de Elena, indicó que estaba conforme.

Sin embargo, don Jeremías dijo aún, como si se tratase de un contrato comercial:

—No olvide que puedo asegurarme el cumplimiento de esta condición. Poseo datos que comprometen el prestigio y la libertad de su padre.

—Sabré cumplir con mi deber.

—Si la actitud de usted responde a mis deseos, yo resarciré a la casa White de las sumas que Brinsley custodiaba, y enterraremos este asunto en el olvido.

Elena envolvió en una mirada de profundo desprecio a don Jeremías y contestó con decisión:

—Por mi padre en desgracia, acepto sus condiciones. A eso he venido.

—Bien. Así me gusta. Y, puesto que estamos de acuerdo en absoluto, no hemos de hablar más. Espere aquí un momento.

Don Jeremías desapareció hacia la habitación donde se hallaba Roger y dijo a éste,

sonriente, lleno de esperanza, de fe en Elena:

—Ella te espera... y la cuestión está ya encauzada hacia mis propósitos. ¡A ver si la ultimas con discreción!

Roger vacilaba, pero su padre le empujó hacia su despacho, ansioso de que los "novios" se pusieran de acuerdo lo antes posible, para precipitar los acontecimientos.

El alcohólico se acercó tímidamente a Elena, y después de darle vueltas y más vueltas a su sombrero, articuló, aunque no sin trabajo aún, la lengua que se le pegara, como un pedazo de goma de masticar, en el paladar.

—Nuestros padres piensan que usted y yo debemos casarnos... A mí todo esto me parece una broma.

Severa, desdeñosa, Elena respondió, sin dignarse mirarla:

—Si usted intenta, como creo, persuadirme de que debo aceptarle por esposo, queda usted complacido desde este momento.

La sorpresa de Roger fué inenarrable. ¡Qué raro le parecía todo aquello! Y como tratase de saber más de lo que sabía, ella le atajó bruscamente:

—¿Para qué seguir hablando? Ya le he dicho que seré su mujer.

Satisfecho y a un mismo tiempo desconcertado, Roger, pensando en la amenaza de su padre, limitóse a replicar, dispuesto a todo:

—Bueno, pues... nos casaremos.

Y la boda fué concertada por los dos padres.



El día con el que algunas veces había soñado Elena con ilusión de mujer adorable, llegó con rapidez vertiginosa, sin que ella pudiera hacer nada para atrasarlo.

La iglesia donde debía efectuarse la ceremonia estaba atestada hasta la exageración del más selecto público.

Para la mayoría no era desconocida la tragedia de Elena, y para los que no sospechaban la terrible verdad, es decir, que la boda era de conveniencia y no de amor, no dejaba de tener comparaciones desagradables, ya que era del dominio público el alcoholismo agudo de Roger.

Elena parecía un ángel vestida de blanco con refinamiento y distinción. A su paso, muchas eran las miradas que la besaban y otras que las lágrimas humedecían piadosamente...

Los aspirantes a su mano, derrotados, de una manera tan repentina, por Roger, se dolían de perderla y era mucho mayor su sufrimiento al ver que era un borracho, un vicioso empedernido el que se la llevaba como rey y señor.

Las mujeres, aun las mismas que antes envidiaban su bondad y su belleza, compadecían a Elena con todo su corazón, protestando en su interior contra las sentencias del destino, que de un modo tan injusto unía dos vidas diametralmente opuestas.

Don Guillermo — ¡pobre padre! — sufría tanto, que dudaba de poder soportar la ceremonia hasta el final, sin gritar que aquel matrimonio no podía efectuarse porque no lo presidía otra cosa que el interés.

Elena comprendió el estado de ánimo de su buen padre, y lo tranquilizó sonriéndole dulcemente, como diciéndole:

—No estés triste, papaito... Esto es cues-

tion de minutos... y ya veremos después lo que pasa...

Don Jeremías, por su lado, estaba radiante de felicidad. ¡Casarse su hijo con Elena, una aristócrata, un verdadero tesoro femenino!

Roger, milagrosamente sereno, si juzgamos por su equilibrio, causaba también excelente impresión, vestido de chaqué con elegancia y en actitud muy respetuosa.

¿Amaba a Elena?

Difícil resultaría definir qué sentimiento invadía en aquellos momentos a Roger. Si alguna vez la amó, como se suele amar lo bello, lo grato a nuestros ojos, ahora, después de adquirir la certeza de que Elena se vendía a su padre — don Jeremías — para laborar por su regeneración — la regeneración de Roger —, era indudable que el joven debía tener el temor de no llegar nunca a interesar de veras a su esposa y a interesarse él plenamente por ella.

¿Serían uno de tantos matrimonios en los que los cónyuges son peores que extraños en su propia casa, que no tiene de hogar más que el nombre?

El rito tocó a su fin. Cuando Roger ató su

nombre al de Elena al colocarle el anillo matrimonial, Elena cerró los ojos, y los de don Guillermo se perlaron y se le oprimió el corazón.

Todo lo contrario de don Jeremías, pues



El rito tocó a su fin.

si bien a éste también se le oprimió el corazón, fué de alegría, de emoción.

Después de la ceremonia, el novio debía besar a la novia, y ésta corresponder a la primera caricia "autorizada".

Roger, ante la expectación general, besó suavemente a Elena en los labios, sin que ella hiciera el menor movimiento para esquivar el beso, pero cerró la boca y no le besó a su vez.

Este detalle significaba claramente que Elena sabría cumplir como esposa, resignándose a los caprichos de Roger, pero manteniéndose siempre fría con él, no entregándole jamás su alma, pues su alma era suya y nadie ni nada podría nunca ponerle precio.



Tres meses después, en Londres, el matrimonio Harrington buscaba en los lugares de placer las satisfacciones que jamás hallaría en su divergencia espiritual.

Por su belleza, Elena contaba con una legión de admiradores que ponían de continuo a prueba su honorabilidad, estrellándose sus pretensiones en la roca de sus cualidades morales.

El más pertinaz de los que procuraban la conquista de la esposa del borracho, le dijo aquel día, de sobremesa, en un *cabaret* donde cenaron todos los componentes de la peña de Roger:

—Con un marido así, qué penosa debe ser su existencia... ¡Es usted admirable, Elena!

Ella hizo un mohín encantador, indicando que no podía hacer otra cosa que resignarse y para no ver lo que estaba haciendo Roger dirigió sus miradas a otros sitios, para disimular.

El admirador de Elena se enamoraba cada día más de ella, precisamente porque la consideraba una mujer muy distinta a todas las que conocía.

Y al mismo tiempo sentía celos de Roger, el esposo que no se merecía aquella mujer insuperable.

Roger se divertía, en la mesa, con las "anegas" de sus amigos, bajo la influencia audaz del alcohol.

De pronto se levantó y fué a invitar a bailar a Elena, que no pudo menos de sorprenderse de tan inesperado capricho.

—¿Bailamos, Elenita? Ya sabes que el charleston, cuando estoy inspirado, me vuelve loco.

—Como quieras, Roger. Bailaremos cuanto quieras — respondió ella.

El admirador que antes la compadeciera la

miraba sorprendido, y al verles bailar, dijo a un amigo que estaba a su lado:

—Es increíble que un borracho como Ha-



—¿Bailamos, Elenita?

rrington inspire cariño a su mujer. Sin embargo, ella debe amarlo cuando tanto lo respeta.

—No sé, no sé...—dijo el amigo—. Al paso que él lleva no vivirá mucho, y nada hace Elena por refrenar su vicio. No la enloquecerá la viudez.

—¿Tú crees...?

Y los dos hombres se miraron, y el amigo sonrió, adivinando el deseo del apasionado admirador de la gentil Elena, la desgraciada esposa.

Roger bailó, lo mejor que pudo, y pudo muy poco, varios bailes con su mujer, sin que ésta le hiciera la menor indicación para regresar a la mesa y descansar.

Cuando cesaron de bailar, Roger, mareadísimo, con una sed horrible, dijo a Elena:

—Eres ideal, chica. Te creí una señorita gazmoña, y bebiendo y bailando resistes más que yo. ¿Quién iba a pensarlo?

Ella, por toda respuesta, le dijo:

—Hay que saber amoldarse a las circunstancias, Roger. Y como aquí se bebe y se baila... pues a beber y a bailar.

—¡Claro que sí! ¡Estoy encantado!

Entretanto, don Jeremías llegaba a Londres, deseno de ver la transformación que se había operado ya en su hijo.

Presentóse en casa de su hijo a las diez de la noche, y como no le halló en ella y el criado que le recibió con profundas reverencias al saber que él era nada menos que el padre

del señor, no sabía dónde podían hallarse Roger y Elena, esperó su regreso... y esperó mucho, impacientándose y enfureciéndose extraordinariamente en vista de que pasaban las horas y aquéllos no llegaban.

Al fin a las cuatro de la mañana los dueños de la casa hicieron su entrada en ella... por separado... y en compañía.

Elena entró sola, y detrás de ella Roger apoyado en los recios brazos de dos criados. El infeliz estaba borracho perdido.

Don Jeremías, reprimiendo su cólera al ver en qué estado regresaba su hijo, y la indiferencia de Elena, miró a ésta rencorosamente.

Roger, al abrir los ojos y encontrarse ante su padre, le dijo riéndose grotescamente:

—Tú no conocías a Elena, papá... Puedes creer que es un tercio para la fuerza. Ahí la tienes, más serena que yo.

A una indicación de Elena, Roger fué conducido a su cuarto por los criados y depositado en el lecho, donde quedó profundamente dormido.

Al quedar a solas con ella, don Jeremías dijo a Elena, agresivo, dolorido por la escena que acababa de darle su hijo, cuando te-

nía la consoladora esperanza de encontrarle distinto a antes:

—¡Usted me ha cagañado! ¡Me prometió que intentaría hacer un hombre de Roger, y está usted ayudando a degradarlo más, a destruir su vida!

Enérgica, Elena replicó:

—Yo sólo prometí casarme con él, y he cumplido mi palabra.

Tenía razón; pero don Jeremías no se la daba, ciego como estaba por su hijo, su ídolo, y apeló a la amenaza para combatir a Elena.

—Pero ha olvidado usted algo que le encargué que no olvidase... ¡y es que puedo en cualquier momento enviar a su padre a una prisión! — exclamó.

Ante tales palabras, Elena, irguiéndose soberanamente, vertió todo su odio sobre el egoísta potentado.

—¡Me tiene usted que oír!... Acepté que encadenase usted mi vida a la de un borracho hediondo; pero atrévase a hacer daño a mi padre... ¡y mataré a su hijo!

Don Jeremías, rugiendo como una fiera, contestó, resuelto a lo que fuere preciso para vencer a Elena:

—¡A todo me atreveré por Roger! Sépalo usted bien. ¡A todo!

Ella le miró con desprecio, y clamó:

—¡No he visto hombre más miserable que usted, ni más brutal en su egoísmo!

La disputa se hubiese prolongado de no haberse presentado ante ellos un criado.

—¿Manda algo la señora? — preguntó éste.

—No, Juan, puedes retirarte, después de haber acompañado al señor a su habitación.

El criado inclinóse ante don Jeremías, indicándole que se tomase la molestia de seguirle, en tanto que Elena se retiraba a su cámara, donde no entró nunca el amor...

Don Jeremías quiso ver a su hijo, y una vez en el cuarto de éste, manifestó al criado su deseo de estar solo unos momentos, retirándose humilde y servicial el fámulo.

Roger dormía. Su rostro reflejaba un gran cansancio, y todo su cuerpo reposaba pesadamente sobre el lecho, como si hubiese sido apaleado brutalmente y todas sus fibras estuviesen rotas.

Don Jeremías acarició al infeliz, y fué tal la emoción que experimentó ante el hijo irre-

dimible, que sus ojos se bañaron en lágrimas.

¡Quién le hubiera creído capaz de llorar como un niño, ante el hijo amado, inútil como un juguete roto!

A través de sus lágrimas vió a Elena, y salió del cuarto de Roger para buscarla y decirle algo que acababa de sugerirle su anhelo de ver feliz a su hijo.

Elena no se había acostado todavía y accedió a atender a su padre político.

—¿Qué nuevos cargos va usted a lanzar contra mí? — le dijo ella.

—Ninguno, Elena. Sólo le ruego que me escuche con atención... Me ha amenazado usted en lo más querido de mi vida. Sin embargo, sigo creyendo que es usted la única mujer que aun puede redimir a Roger.

—Lo dudo...

—Yo, no... Dice usted que la encadené de por vida... y ahora quiero ofrecerle la libertad.

—¿La libertad...?

—Sí. El día que usted me lo devuelva regenerado y con el firme propósito de no retroceder, yo entregaré a usted las pruebas de la culpabilidad de su padre.

—¡Ah!

—Y ese mismo día, si usted lo desca, comenzaré las gestiones para su divorcio.

—¿Habla usted en serio?

—Tiene usted mi palabra.

—Pues bien, acepto; pero no respondo de que consiga corregirlo.



Roger estaba muy delicado, y Elena decidió trasladarse a una casita de campo, donde le cuidó maternalmente.

Unos días después, Elena decidióse a poner en práctica, y de lleno, el plan de regenerar a su esposo, con el interés egoísta de su propia liberación.

Acababa de recibir una carta de don Jeremías, y le dijo a Roger:

—Tu padre ha puesto su yate a nuestra disposición. ¿Qué te parece si emprendiéramos un viaje largo, muy largo?

—¿Con lo que a mí me marea el agua? — exclamó Roger — Pero, en fin, si tú lo quieres... Invitaré a toda la pandilla de inseparables.

—Yo había pensado que fuéramos solos...

como dos enamorados para quienes todo el mundo estuviere en ellos mismos.



Acababa de recibir una carta de don Jeremías...

Roger no contestó. Le extrañaba el cambio que notaba en su esposa, y no sabía si debía alegrarse o temerla más...

El viaje fué decidido, pero Elena no tenía

la seguridad de haberle convencido de partir los dos solos.

Próximo a zarpár el yate, no había a bordo más que ellos. ¿Sería, pues, cierto que Roger empezaba a hacerle caso, como un marido enamorado?

Así lo creía... pero de repente vióse sorprendida por una invasión.

Roger, al ver saltar a sus amigos en el buque, dijo a Elena, como para hacerse perdonar:

—Convoqué a la pandilla para hacerte el viaje más ameno. Sola conmigo, te habrías aburrido mortalmente antes de una semana.

La admirable esposa sonrió, para ocultar su disgusto, y mostróse afectuosa con los amigos de su esposo, que no lo eran ni podían serlo suyos.

El yate surcaba las aguas tranquilamente llevando a bordo una colección de raros ejemplares que se denominan muy vulgarmente con el nombre de "elegantes".

Desde el pollo fruta hasta el pollo sesentón, tenía allí la idiotex humana representación, en cuanto al sexo íco.

Referente a "ellas", es preferible no ocuparnos ni en un exceso de galantería. Hay "manzanas" que indigestan...

La cubierta del buque de recreo fué adornada con faroles a la veneciana y guirnaldas. se instaló un *buffet* con cantidad de licres, y se organizó un baile, apenas llegada la noche.

El vino empezó a "inspirar" a los amigos del escándalo y la francachela, y entre otras extravagancias, algunos, hombres y mujeres, se entregaron a juegos de mal gusto, como por ejemplo el de levantar en el aire, pujando dos bandos de los sendos lados de una manta hasta ponerla tirante para despedir el cuerpo que en ella se colocaba como un monigote.

A los hombres este juego les divertía una barbaridad, más que por nada porque las señoras, al caer sobre la manta, no podían, como lo hacen al sentarse en un tranvía, bajarse las faldas para ocultar la preciosidad o la deformidad de sus piernas.

Y ellas... bueno, de ellas no hablemos. No es manía, pero basta con decir que si no fuera por Eva, los hombres no serían... Adanes...

es decir, que toda la culpa es de la mujer. Buena recomendación, ¿eh?

Los marineros, desde lejos, contemplaban el dudoso juego de los "elegantes", y uno de ellos, de rostro siempre descontento y maneras rudas, dijo:

—Si nosotros hiciéramos una salvajada así, ellos nos mandarían a la cárcel.

—Tú hablas de coraje, "Holandés" — contestóle un compañero—. Como sabes que esas mujeres no son para ti...

Elena no tomaba parte en las libaciones ni en los juegos.

Roger, en cambio, se aprovechaba de lo lindo, y prueba de ello era su borrachera que corría parejas con las mayores de su vida.

El "Holandés" vió a Elena y quedó prendado de ella. Una idea diabólica atravesó su mente. Aquella mujer valía, para él, lo que todas las demás juntas.

Ella vió cómo el marinero la miraba, y apartó prestamente sus ojos de los suyos.

Aquello se ponía feo. Tan era así que Elena, decidida a imponer su voluntad para apartar a Roger de las indignas amistades que lo rodeaban, fué al encuentro del capitán.

—Sepa usted, capitán — le dijo —, que la encargada de este yate soy yo, y que sólo de mí tiene usted que recibir órdenes.



Roger ofreció de beber a su esposa...

—Lo celebro, señora, y cumpliré cuanto usted disponga.

Hablaron confidencialmente, y un poco después Elena reunióse con Roger y sus invitados, a quienes comunicó la decisión que había tomado.

—Por la mañana iremos todos a tierra.

Quiero ver un pueblecito del litoral francés, que dicen es monísimo.

La noticia fué recibida con aclamaciones.

Roger ofreció de beber a su esposa, y, a una indicación suya, todos brindaron por ella, sin que la interesada probase ni una gota de licor, aunque fingiese seguir la corriente.



Al rayar el alba, todos dormían... exceptuando a Elena y la tripulación.

Poco a poco fueron volviendo a la razón los "elegantes", y tan pronto estuvieron todos dispuestos para desembarcar, Elena los apremió a que lo hicieran en seguida... pero ella se quedó a bordo.

—¿Por qué no viene Elena? — se preguntaron algunos en el bote.

—Elena y Roger desembarcarán más tarde, con el capitán — dijo una voz femenina.

Pasaron unos minutos. Los botes que conducían a los invitados a tierra se hallaban ya lejos del yate. Entonces Elena ordenó al capitán, para que éste, a su vez, lo ordenase a sus subalternos:

—Mande a tierra inmediatamente los equipajes de esos invitados.

La orden fué ejecutada, y luego otra, que consistía en arrojar al agua todas las cajas de licores que los juerguistas habían mandado a bordo.

Cuando no quedaba una sola caja en el yate y los invitados no podían volver ya a él, pues se puso en marcha al regresar los botes, Elena entró en el camarote de Roger, que estaba en la cama, atadas las manos y los pies y amorrazado.

Roger se incorporó cuanto pudo al ver a su esposa, suplicándole con la mirada que le quitase el pañuelo que le impedía hablar, y lo desatará.

Elena hizo lo primero, y preguntóle precipitadamente Roger:

—¿Qué pasa? ¿Ha estallado en el yate algún motín?

—No tal — dijo Elena—. Se ha hecho, sencillamente, una limpieza general.

—¿Cómo?

Ella le refirió la verdad, y, asombrado, creyéndolo una broma, exclamó Roger:

—¿Pero tú no puedes hacer eso, Elena!

—Pues ya ves tú; sin poder, lo he hecho.

—¿Eso no está bien!

Roger pugnaba por librarse de sus ligadu-



Roger se incorporó cuanto pudo...

ras, pero era inútil cuanto hacía, porque estaba muy bien atado.

Elena le dijo:

—Si me prometes obedecerme en todo, te desataré.

Roger estaba furioso y se negaba a dar su palabra de sumisión, pero como Elena parecía estar decidida a no desatarle, hubo de de-

clararse derrotado, y accedió a cuanto ella quiso.

Pero apenas se vió libre, corrió como un loco al puente y se encaró con el capitán.

—Ponga usted ahora mismo proa a tierra! — le ordenó groseramente, pues estaba todavía bajo la influencia del alcohol.

—¡No! — gritó Elena.

Roger quiso ser obedecido a la fuerza, y amenazó al capitán y a cuantos se pusieron ante él.

Su furor era tan peligroso, que fué preciso recurrir a la violencia con él, encargándose dos marineros, uno de los cuales era el "Holandés", de sujetarle y llevarlo a su camarote.

Elena les siguió.

El "Holandés" echó a Roger sobre la cama como un fardo, e iba a descargar su manaza sobre él para obligarle de una vez a depone su actitud rebelde.

Elena detuvo su gesto, y quedó sola con su marido, que no se atrevía a mirarla, temeroso y a un mismo tiempo avergonzado de lo que acababa de hacer, después de haberle dado su palabra de obedecerla.

Tres semanas llevaba ya Roger de horrenda e interminable visión de agua en todas partes... ¡hasta en su copa!



Elena detuvo su gesto...

Aquella noche, suplicó a su mujer:

—¡Por lo que más quieras, Elenita, déjame beber un poquitín!

—Ni un poquitín, Roger. Sobre que no lo necesitas, no queda en el barco una sola gota de alcohol. Sabó todo con la limpieza general.

—¡Esto es una crueldad intolerable! ¡Si me condenas al martirio del agua, acabarás por volverme loco!

—Dame tu palabra de honor de que la bebida te es indispensable para vivir.

—Verdaderamente, lo que se dice indispensable...

Elena sonrió. Su causa iba por buen camino.

Después de cenar subieron a cubierta a contemplar la incomparable belleza del Mediterráneo.

Elena sentóse en un sillón de mimbre frente al mar. Un camarero trajo una manta para que Elena se abrigase, pero Roger se la tomó para encargarse él mismo de cubrir medio cuerpo de su esposa.

Ese detalle hizo sonreír a Elena, que sentía la intensa satisfacción del que triunfa en una lucha muy dura.

Luego Roger sentóse a los pies de Elena y le dijo, humildemente, sinceramente:

—Ahora que empiezo a comprender todo el bien que me has hecho, no quiero tener más voluntad que la tuya, Elena.

No menta. Para demostrarlo, bastaría

a Roger decirle a Elena que acababa de rechazar el ofrecimiento de whisky que le hiciera el "Holandés", inahabitablemente con interesado fin...



pero Roger se la tomó para encargarse él mismo de cubrir medio cuerpo de su esposa.

El capitán se acercó a Elena y le anunció:

—Señora, hemos de detenernos aquí para tomar agua. Tienen ustedes tiempo para bajar a tierra, si así lo desean.

—Gracias, capitán. Un paseo por tierra no me desagradará.

Roger la miraba.

—¿No te gustaría venir conmigo, Roger?
—preguntóle ella.

—¿De veras quieres que te acompañe, Elena?

—¿Por qué no?

Y desembarcaron juntos, como novios.

A la hora del regreso, después de visitar los barrios cercanos al mar de la ciudad de Trípoli, Roger dijo a su esposa:

—¿Qué dirías, Elena, si yo me quedase para volver en el segundo bote, con los marineros? Quiero ver algunas cosas todavía.

—¿Quedarte...?

—¿Es que aun no merezco que tengas confianza en mí?

—Sí, Roger. Puedes hacerlo. Te esperaré en el yate sin dudar de que eres ya tan fuerte como yo deseo que seas.

No quería Roger quedarse en tierra para desquitarse de sus días de abstinencia, sino para adquirir un collar que había gustado a Elena y que ésta no quiso que se lo comprase porque el mercader pedía un precio excesivo.

Mas he aquí que, una vez adquirido el collar, vió Roger a un jinete hachando por do-

minar a su encabritado caballo en medio de la plazaleta del mercado. La gente huía en todas direcciones, temerosa de la locura del cuadrúpedo, pero una niña, huyendo también, se encontró cerca del animal y era fatal el accidente.

Roger no vaciló en exponerse por arrancar a la criatura de las patas del caballo, y lo logró, pero no sin que recibiera una cox tan tremenda que le hizo perder el sentido.

La hazaña de Roger fué objeto de unánimes elogios, y los que la presenciaron apresuráronse a recogerlo del suelo y lo llevaron a una taberna, para atender a su curación.

Para reanimarle le dieron alcohol. El, al sentir el olor que despedía la copa, quiso negarse a beber, recordando que había prometido a Elena no beber nunca más, pero le obligaron a hacerlo, y, resurgiendo en él el borracho de antes, se bebió copa tras copa.

La madre de la criatura salvada por él estaba a sus pies mostrándole a la niña, y ésta besaba a Roger cariñosamente, como si realmente comprendiese que le debía la vida.

Y Roger, contento y sediento, bebió y bebió...

Desencadenóse un fuerte temporal. Como Roger y el "Holandés" no habían regresado todavía a bordo, a pesar de que era ya



La madre de la criatura salvada por él, estaba a sus pies mostrándole a la niña...

muy tarde, Elena y el capitán decidieron mandar a unos marineros en su busca.

A poco los enviados regresaron con Roger y el marino; completamente borrachos los dos.

Elena cerró los ojos al ver en qué estado

volvía su marido, sin sospechar la causa del olvido de su promesa.

¿Sería, pues, verdad, que Roger era irremediable?



La tempestad arreciaba.

El yate remató la marcha, adentrándose ligero en el embravecido mar.

La tempestad arreciaba. Elena no se separó un momento del lado de su esposo, que dormía pesadamente en la cama de su camarote, como el "Holandés" en su litera, ajeno a todo.

La tripulación del yate trabajaba desesperadamente para capear el temporal; y a pesar de sus esfuerzos el buque corría serio peligro de zozobrar.

De súbito gritó el capitán a su segundo:

—Diga a los Harrington que se pongan los salvavidas y vengan al puente. No sé cuánto tiempo podremos resistir.

El segundo bajó inmediatamente al camarote donde se hallaban Elena y Roger, y dijo a ésta:

—El capitán quiere a toda la tripulación sobre cubierta!

Trataron de despertar a Roger, pero éste se negó rotundamente a que lo sacaran del lecho. En vista de ello, el segundo empujó a Elena, para llevársela.

—¡No; déjeme usted aquí! —dijo ella.

—¡Todo el mundo arriba! —gritó en aquel momento el capitán.

—¡Viene usted o no? —preguntó el segundo a Elena.

—¡No!... ¡O él también se salva, o moriré con él, si hay que morir!

Marchóse el segundo, y quedó Elena junto a Roger, dispuesta a correr su misma suerte.

El temporal se hacía cada vez más cruento. La niebla convertía el mar en una cueva fantasmagórica... y a causa de la niebla no se pudo evitar un choque, desapareciendo la



...el segundo empujó a Elena, para llevársela.

tripulación del yate y hundiéndose completamente la goleta que chocó con él.

—¿Qué había sido de Elena, Roger y el "Holandés"?

Sobrevivían a la catástrofe, pero no era segura su salvación. El yate, destrozado en su mayor parte, seguía sosteniéndose a flote y al llegar el alba el mar estaba en calma.

Ellos se creían solos, y sus ojos avizoraban el horizonte buscando en su línea su salvación con la aparición de algún buque con rumbo hacia donde ellos se hallaban abandonados a su suerte.

Roger y Elena se habían atado al palo mayor, cuando subieron a cubierta durante la tempestad — al despertarse Roger — y así esperaron la calma. Al desatarse, Roger se arrojó a los pies de su esposa y le dijo, arrepentido de haber regresado a bordo borracho:

—Sólo una cosa me importa, Elena: que creas que no falté a mi palabra. Aunque las apariencias me acusen, tú no me debes condenar.

Ella le escuchaba con piedad.

—Yo te amé siempre... con todo el fervor con que un borracho puede amar. Y ahora, Elena, te amo más cada día.

—Gracias, Roger... No sabes el bien que me hacen tus palabras... Yo sólo quiero tu

felicidad... que será también la de tu padre...

El "Holandés" había recobrado la noción de su existencia, y subió a cubierta, extraordinariamente asombrado. Al ver a Elena sonrió, y acercándose a ellos, dijo:



—Yo sólo quiero tu felicidad...

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

Le contaron la realidad, y el bruto, borracho todavía, se echó a reír, y abusando de la seguridad de su fuerza, superior a la de Roger, se nombró a sí mismo capitán y mandó

a Elena como si fuera su criada. Luego, ante los horrorizados esposos, arrojó al agua, empujándolo con el pie, el cuerpo de uno de los marineros muertos durante el choque.



Luego, ante los horrorizados esposos, arrojó al agua, empujándolo con el pie...

Elena detuvo a Roger, que quería abalanzarse al "Holandés" para que la respetase, y bajó a la cocina, llena de agua, para preparar un bocado al marinero. La acompañó Roger.

Al oír ruidos en la escalerilla de madera,

Roger se apoderó de un cuchillo para defender a su mujer en caso de querer maltratarla el bruto.

Y no anduvo equivocado, librándose tre-



...librándose tremenda lucha entre ambos...

menda lucha entre ambos, huyendo a cubierta Elena y Roger cuando éste logró, de un puñetazo, librarse de su enemigo.

Pero la huida fué breve, ya que el "Holandés", recobrándose en seguida, persiguió a su presa, por la posesión de Elena, que le en-

loquecía, y, de nuevo, Roger expuso su vida por salvarla a ella, consiguiendo, al fin, vencer, acudiendo la providencia en su ayuda.

En efecto, el "Holandés" dió un paso en falso y cayó al mar, para no volver a salir de su seno.



El hijo pródigo volvió. Don Jeremías no cabía en sí de gozo ante la transformación que se notaba en él, y daba gracias para sus adentros a la abnegada mujer que hizo el milagro. Pero recordando la promesa que hiciera a ésta, dijo a Roger:

—El que seas hoy un hombre se lo debes a Elena, y sólo un medio tenemos de recompensar el sacrificio que ella ha hecho: devolverle la libertad.

—Sí... — murmuró Roger.

Y Roger, al poco, se presentaba en casa de Elena, cuyo padre rivalizaba en contento con don Jeremías.

—¿Me permite usted que hable un momento a solas con Elena? — dijo Roger a don Guillermo.

Este obedeció, acatando una discreta seña de Elena, y, a solas los dos, dijo Roger a su esposa:

—Sé que estipulaste con mi padre nuestro divorcio tan pronto como me enseñaras a ser hombre... La separación me es dolorosa, Elena; pero si tú la quieres...

Era sincero. Casi lloraba, y un hombre no llora porque sí...

Y Elena, comprensiva, humilde como él, contestó:

—No, Roger, no quiero el divorcio. Has sabido ganarme dignificándote. Si tu padre me creía la única mujer capaz de redimirte, seguiré siendo eso para ti: ¡la única mujer!

Y sonó su primer beso de amor.

FIN

Próximo número:

UNA YANQUI EN LA ARGENTINA

Por Gloria Swanson, Antonio Moreno, etc.

GRAN ASUNTO

Sea usted coleccionista de

Las Grandes Películas

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. - *El tráfico de la mujer.* - *El primer amor de Zenda.* - *El joven Matardax.* - *Los ensueños de la mujer.* - *Una mujer de Perla.* - *El Corsario.* - *Para toda la vida.* - *Cyrano de Bergerac.* - *De mujer a mujer.* - *La Hermana Blanca.* - *El milagro de los lobos.* - *¡Perla...!* - *¡Venganza de mujer.*

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ulbricht. - *Maciste.* - *Imperador.* - *Lirio entre capullos.* - *El que recibe el hostión.* - *Rómulo.* - *Justico Mercedito.* - *El Fantasma de la Opera.* - *El trono vacante.* - *El Gold.* - *Madame Sans Gêne.* - *América.* - *Cuando las mujeres aman.* - *El Capitan Blood.* - *Mis fuertes que su amor.* - *¡Viva...!* - *Demasiadas mujeres.* - *Noblesse oblige.* - *Canicas de Ocho.* - *El Rajá de Dharmagar.* - *El difunto Matias Paresi.* - *La marca de fuego.* - *Los Hijos de Nadie.* - *El canchero de Islandia.* - *La 1ª mujer de Barba Azul.* - *La Reine de la Victoria.* - *El esposo de Nancy Preston.* - *Justicia y lazo.* - *La Princesa de Perla.* - *El abanico de Lady Wintermere.* - *Por la Patria.* - *Amor de Padre.* - *El asalto al ambulatorio de Corrozo.* - *Dick, el Guardia Marino.* - *Boy.* - *La conquista del Amor.* - *Bajo el cielo de Monte-Carlo.* - *La Barrera.* - *La Rechinera.* - *Maternidad.* - *Las niñas del Hospicio.* - *El diablo santificado.* - *La calle del olvido.* - *¡Echen tener hijos los padres!* - *Corrientes.* - *Reas de la muerte.* - *El Transatlántico.* - *El hijo prodigo.* - *El mundo perdido.* - *La novia fugida.* - *El místico.* - *La novela de una noche.* - *La que no sabía amar.* - *Montecarlo.* - *Maliciosa.* - *La Favorita de la Legión.* - *Los nombres que pagan.* - *¡Alen o Alen!* - *So.* - *Antes el Príncipe.* - *El otro del diablo.* - *La Máscara de Oro.* - *Japón del phox.* - *Incógnita condenada.* - *Cambio de esposas.* - *La nueva mujer.*

Precio de cada libro: 50 céntimos

